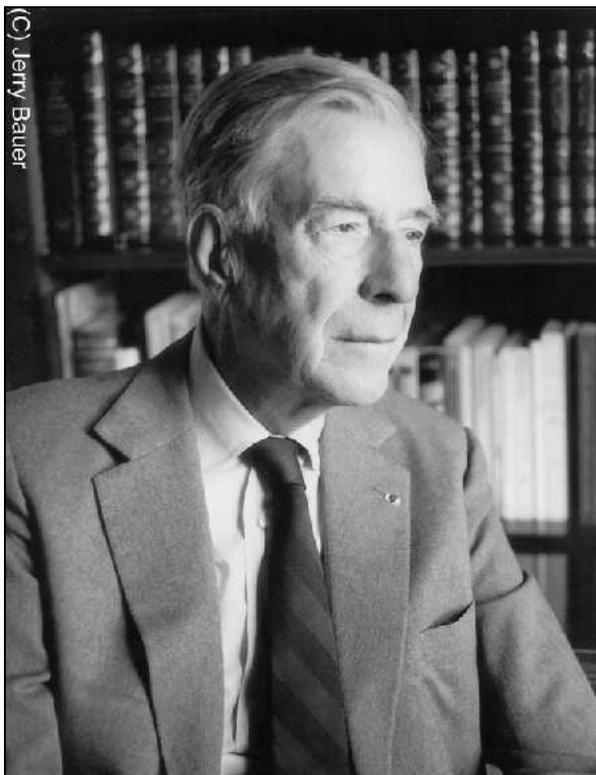


John Kenneth Galbraith



EL ENGAÑO DEL LIBRE MERCADO Y OTROS TEXTOS

[Biblioteca Virtual](#)
[Omegalfa](#)

Se han reunido en este volumen cuatro textos de J.K.Galbraith -precedidos de una breve biografía- que se hallan circulando libremente por Internet.

Demófilo

Indice:

0.- Breve biografía	3
1.- El engaño del libre mercado	6
2.- La crisis de la globalización	10
3.- Una sociedad mejor	20
4.- Desafíos que plantea el nuevo milenio (Entrevista)	28



Breve biografía

John Kenneth Galbraith nació el 15 de octubre de 1908 en una granja de Dunwich Township-Iona Station (Ontario, Canadá). Hijo único de William Archibald y Catherine Kendall Galbraith, que murió de un ataque cardíaco cuando John sólo contaba con 14 años.

Sus exitosos libros divulgativos han estado siempre en las listas de best-sellers. Ha escrito 33 obras, siendo la más famosa *La sociedad opulenta* (1958), donde explicaba la riqueza de los Estados Unidos de América en bienes de consumo y su pobreza en servicios sociales, en la idea de la existencia de un consumo masivo –para Galbraith innecesario– promovido artificialmente por la publicidad y de un espectacular crecimiento con desigualdades internas e inflación.

Según Galbraith, la brecha entre la provisión de bienes de consumo y sociales llegó a ser desproporcionada, lo que sería de un efecto problemático: “cuanto mayor sea la cantidad de bienes que adquiere la gente, tanto mayor es el volumen de envoltorios que desecha y tanto mayor es la cantidad de basura que se debe eliminar. Si no se proporcionan los servicios de saneamiento adecuados, la contrapartida de una opulencia creciente será una suciedad cada vez más intensa” (*La Sociedad Opulenta*, pp.243-244).

En 1999, un jurado de la editorial Modern Library consideró a *La sociedad opulenta* en el puesto 46 de los 100 mejores libros del siglo de no ficción en inglés.

Partidario del enfoque social y cultural de la economía, más que del numérico. Influenciado por el pensamiento de Henry George. Crítico con la escuela neoclásica, Galbraith

fue un liberal (en el sentido americano) de tradición keynesiana y estuvo considerado por muchos como el último gran heredero del viejo Institucionalismo Americano. En *Capitalismo Americano* (1952), analiza la forma en que la economía estadounidense se ha desarrollado tras la segunda guerra mundial: por una parte la concentración oligopolística ha estimulado la innovación técnica, mientras que el poder de las grandes empresas quedaba limitado por los sindicatos, las organizaciones de consumidores y la intervención del estado.

Con 18 años, estudió agricultura en el Ontario Agricultural Collage, completando sus estudios en la Universidad de Toronto, en la licenciatura de Economía Agrícola. En los años 30 marcha a Estados Unidos, donde estudió en Princeton y se doctoró en agricultura por la Universidad de California en Berkeley (1934). Profesor en Harvard de 1934 a 1939, y posteriormente en Princeton, de 1939 a 1942. Desde 1949 hasta 1975, ejerció de emérito en Harvard. aunque siguió vinculado a dicha universidad hasta casi el final de sus días. También fue profesor en Cambridge, Bristol, Austin y California.

Consejero de los presidentes Roosevelt, Truman, Kennedy y Clinton; y asesor de los candidatos demócratas McCarthy y McGovern. Editor de la revista Fortune (1943-1948). Embajador en la India (1961-1963) bajo mandato de Kennedy. Presidente del National Institute of Arts and Letters (1984-1987). En 1972, es elegido presidente de la American Economic Association. También formaba parte de la agrupación Americans for Democratic Action (1967). Durante la II Guerra Mundial dirigió la Oficina de Administración de Precios (1941-1943), para la que también trabajó Heilbroner. A la finalización de la misma, se le encargó un estudio sobre los bombardeos estratégicos de Estados Unidos y sus aliados,

en el que expresó no ser partidario de los mismos y que resultó para él deprimente. Asesoró en posguerra a las administraciones alemana y japonesa. Y aunque discrepó con el presidente Lyndon Johnson a causa de la guerra en Vietnam, ayudó a dar nacimiento a su programa “Gran Sociedad”. En los últimos años, se opuso a la intervención en Irak abanderada por George W. Bush.

1937 sería un año importante para Galbraith, pues aparte de obtener la nacionalidad estadounidense, se casó con Catherine Atwater. En 1975 escribió y presentó para la BCC el documental ‘The Age of Uncertainty’, que narra la evolución de la teoría y práctica económica a lo largo de 200 años, y que dio origen con notable éxito a su libro del mismo nombre. Fue premiado en dos ocasiones con la ‘Medal of Freedom’: por Truman en 1946 y por Clinton en 2000. En 1997 fue nombrado ‘Officer of the Order of Canada’. Obtuvo unos 45 títulos honorarios de distintas universidades.

Falleció el 29 de abril de 2006), a los 97 años de edad, por causas naturales.

Texto de J. Carlos Mtnez. Coll
y Pablo Miró Rocasolano

El engaño del libre mercado

John Kenneth Galbraith

(Veualternativa, enero del 2000.
Traducción de Enrique Díaz Álvarez)

Este mes tengo dos eventos a celebrar: la distinguida carrera de Robert Heilbroner, el economista de centro-izquierda más interesante, innovador e influyente, y el nonagesimo aniversario de la revista *The Progressive* [El Progresista]. Me atrevo a ofrecer el mismo tema para ambos. Es el siguiente: la mayoría de los economistas cometen algo que, de manera profesionalmente cauta, me atrevo a denominar como fraude inocente. Es inocente porque la mayoría de los que lo perpetran lo hacen sin sentirse culpables. Es fraude porque rinde un servicio sigiloso a ciertos intereses particulares.

Empecemos con la palabra "capitalismo", que parece pasada de moda. Hoy día lo correcto es referirse al *sistema de mercado*. Este cambio minimiza, o aun borra, el papel que juega la opulencia individual en el sistema económico y social. Y elimina ciertas connotaciones adversas que se remontan a Marx. En lugar de tener a los propietarios del ca-

pital o a sus empleados en el poder, lo que tenemos es el rol admirablemente impersonal del mercado. Es difícil imaginar un cambio semántico que beneficie más a los que disfrutaban del poder que concede el dinero. Han conseguido un cierto anonimato funcional.

Sin embargo, la mayor parte de los que utilizan esta designación -en particular, los economistas- lo hacen inocentemente. No ven problema alguno con esta terminología neutra y descriptiva. Ignoran una cuestión de máxima importancia: si el dinero y la opulencia confieren poder (la respuesta es: claro que sí). De ahí el término "fraude inocente".

Este fraude oculta un cambio importantísimo en el papel que el dinero juega en la economía moderna. Hace un tiempo el consenso era que el dinero confería a su propietario, al capitalista, control sobre la empresa. Este es el caso todavía en la pequeña empresa. Pero en todas las grandes empresas el poder decisivo lo ostenta una burocracia que controla, pero no posee, el capital requerido.

Las escuelas de administración [MBAs] enseñan a sus estudiantes a navegar por estas burocracias, y es a éstas a donde los graduados de dichas escuelas se dirigen. Pero la motivación y el poder de las burocracias no son temas dignos de estudio para los economistas. La gestión empresarial existe, pero su dinámica interna no se estudia, ni se explica por qué determinadas conductas son recompensadas con dinero y poder. Estas omisiones son otra manifestación del fraude. Puede que no sea del todo inocente. Permite evadir ciertos hechos, a menudo desagradables: la estructura burocrática, la competencia interna, la autopromoción, y muchos otros.

Este fraude, inocente o no, oculta un factor de crucial importancia en la distribución de la renta: en la cima de las burocracias empresariales, la remuneración la fijan aquellos

que la reciben. Este hecho impenable no encaja bien en las teorías económicas ortodoxas, y por tanto se le ignora. En los libros de texto no existen ni las aspiraciones burocráticas, ni la acreción burocrática mediante fusiones y adquisiciones de otras empresas, ni la reenumeración establecida por el recipiente. Ignorar todo esto constituye un fraude no del todo inocente.

Un fraude más generalizado domina el pensamiento académico en economía y política: la presunción de que la economía de mercado existe independientemente del Estado. La mayoría de los economistas admiten el papel estabilizador del Estado, incluso aquellos que tratan desesperadamente de ignorar la realidad asignando un papel de bondad todopoderosa a Alan Greenspan y a la Reserva Federal norteamericana. Y, salvo los más dogmáticos, todos aceptan la necesidad de que el Estado regule y establezca controles legales. Pero muy pocos economistas mencionan la intromisión de la empresa privada en funciones que, por común acuerdo, deberían corresponder al Estado. Las referencias constantes a los sectores público y privado ocultan esta intromisión, y esto constituye uno de los ejemplos más diáfanos de fraude inocente.

Examinemos, por ejemplo, las protestas habituales contra los subsidios a empresas privadas, donde éstas reciben una subvención estatal para sus productos o servicios. El problema es que estos subsidios son un detalle de poca importancia. Mucho más seria es la asunción por parte de la empresa privada del control de decisiones en el ámbito público y del gasto estatal.

El caso más claro es la industria armamentista. Ésta utiliza su influencia en el Congreso y el Pentágono para crear la demanda para sus productos, dirigir el desarrollo tecnológico de nuestro sistema defensivo, y suministrar los

fondos necesarios del presupuesto de Defensa. Esto no es nada nuevo. Se trata del complejo militar-industrial, una caracterización que se remonta a alguien tan poco radical como Dwight D. Eisenhower.

La idea de que los sectores privado y público son entes distintos es, en este caso, claramente absurda. Sin embargo, tanto académicos como comentaristas políticos y económicos ignoran sistemáticamente la absorción de funciones públicas por parte de la industria armamentista. Y el que calla, al menos en parte, otorga. Me resulta difícil describir esto como fraude inocente. Las consecuencias sociales distan mucho de ser benignas.

En este asunto, resulta bastante evidente que es importante expresar lo que ocurre en lenguaje claro. Podremos así disfrutar de la incomodidad ajena que causan aquellos que dicen la verdad. ❁



La crisis de la globalización *

El experimento neoliberal es un fracaso

James K. Galbraith

El éxito de la doctrina del libre mercado está plagado de desafortunadas excepciones. Al menos, eso dicen quienes están comprometidos con aquélla. El hecho constatable, argumenta categórico James K. Galbraith, es que la gente necesita comer todos los días: las políticas que garantizan eso y lo hacen con dietas, condiciones de vivienda y de salud cada vez mejores, son buenas. Las políticas que fomentan la inestabilidad directa o indirectamente, que les impiden a los pobres comer en aras de la eficiencia o incluso en nombre de la libertad, esas no son buenas.

En este ensayo, Galbraith hace una distinción entre las políticas que satisfacen esos criterios y las que no lo hacen. Ahí, dice, hay más excepciones que ejemplos.

La doctrina conocida como el *Consenso de Washington* fue el credo de los apóstoles de la globalización. Fue una expresión de la creencia de que los mercados son eficientes; de que los Estados no son necesarios; de que los pobres y los ricos no tienen intereses conflictivos; de que las cosas salen bien cuando nadie se entromete en ellas. Afirmaba que la privatización, la desregulación y los mercados de capital abiertos fomentan el desarrollo económico, que los gobiernos no deberían hacer gran cosa además de equilibrar

* Tomado de **Dissent**, Verano, 1999. Traducción: **Katia Rheault**.

sus presupuestos y luchar contra la inflación. Actualmente, esta creencia ha demostrado ser totalmente infundada.

La verdad es que la gente necesita comer todos los días. Las políticas que garantizan eso y lo hacen con dietas, condiciones de vivienda y de salud que mejoran cada vez más, son buenas. Las políticas que fomentan la inestabilidad de manera directa o indirecta, que les impiden a los pobres comer en aras de la eficiencia o del liberalismo o incluso en nombre de la libertad, no son buenas. Y es posible hacer una distinción entre las políticas que satisfacen estos criterios y las que no lo hacen.

La presión por la competencia, la desregulación, la privatización y los mercados de capital abiertos ha socavado las perspectivas económicas de muchos millones de personas, de las personas más pobres del mundo. Por lo tanto, no se trata de una cruzada meramente ingenua y mal encaminada. En la medida en que dicha cruzada afecta la provisión estable del pan de todos los días, resulta peligrosa para la seguridad y la estabilidad del mundo, incluyéndonos a nosotros mismos. En estos momentos, el peligro más grande existe en Rusia, un catastrófico ejemplo del fracaso de la doctrina del libre mercado. Sin embargo, también han surgido situaciones de grave peligro en Asia y América Latina y éstas no van a desaparecer pronto. En suma, existe una crisis del Consenso de Washington.

Esta crisis es visible para todo el mundo, pero no todo el mundo está dispuesto a reconocerla. En efecto, dado que las malas políticas provocaron el fracaso de las mismas, aquellos que están comprometidos con ellas desarrollaron un mecanismo de defensa. Consideraron cada caso inoportuno como una desafortunada excepción. México fue una excepción: hubo una revuelta en Chiapas, un asesinato en Tijuana. Luego Corea, Tailandia, Indonesia se convirtieron en

excepciones: se descubrió la corrupción, un capitalismo de amiguismos a una escala inimaginablemente masiva, pero después de que la crisis estalló. Y luego apareció la excepción de Rusia. Se nos dice que en este país la criminalidad dostoievskiana brotó del cadáver del comunismo soviético y fue más fuerte que las eficiencias y los incentivos de los mercados libres.

No obstante, cuando las excepciones superan los ejemplos, debe haber un problema con las reglas. ¿En dónde están las historias que reflejan el éxito de la liberalización, de la privatización, de la desregulación, del dinero sólido y de los presupuestos equilibrados? ¿En dónde están los mercados emergentes que han surgido, los países en desarrollo que se han desarrollado, las economías de transición que realmente han finalizado una transición exitosa y feliz? Miren más de cerca. Observen con atención. No existen.

En cada una de las supuestas excepciones -Rusia, Corea, México y Brasil- se han liberalizado, privatizado y desregulado los programas de desarrollo dirigidos por el Estado. Entonces, las entradas de capital provocan la sobrevaloración de la moneda, haciendo que las importaciones sean baratas pero que las exportaciones no sean competitivas. Cuando las primeras promesas de "transformación" resultaron ser poco realistas se agrió el ánimo de los inversionistas. Se inició una huida hacia la calidad, que suele ocurrir después de que se hacen los movimientos para elevar las tasas de interés en los países de "calidad" -sobre todo en Estados Unidos en 1994 y a principios de 1997-. Un movimiento muy pequeño en las tasas de interés de Estados Unidos, el cual tuvo lugar en marzo de 1997, precipitó las salidas de capital en Asia que provocaron la crisis en Tailandia.

El caso de Rusia es especialmente triste y dramático. En 1917, la revolución bolchevique le prometió al pueblo ruso,

harto de la guerra, liberarlo de la opresión. Les tomó 17 años olvidar la lección esencial de esa experiencia: no existen las transiciones fáciles, repentinas, milagrosas. En 1992, los defensores de la terapia de choque siguieron la senda bolchevique, contra el sentido común de gran parte del orden político ruso, empleando medios bolcheviques. Este fue el verdadero significado del asalto militar al Parlamento ruso que Boris Yeltsin llevó a cabo en 1993, un acto de violencia que nosotros en Occidente toleramos, para vergüenza nuestra, en nombre de la "reforma económica".

En Rusia, la privatización y la desregulación no crearon mercados eficientes y competitivos sino grandes y perniciosos monopolistas privados, los oligarcas y los mafiosos, quienes controlan los emporios industriales rivales y los medios de comunicación. Y estos emporios patrocinaron sus propios bancos, que no lo eran en absoluto, sino más bien simples fondos de especulación, que no cumplían ninguna de las funciones esenciales de las bancas comerciales. Mientras tanto, el Estado siguió una política rígida de limitar el gasto, de modo que no se pagaron ni siquiera los salarios y las deudas de pensiones debidamente contraídas -¡es como si el gobierno de Estados Unidos se negara a pagar los cheques de Seguridad Social debido a un déficit presupuestario!-. El sector privado se quedó literalmente sin dinero. El sistema de pagos dejó de funcionar; se volvió imposible recaudar impuestos pues no había nada que gravar. El Estado se financió a sí mismo a través de un esquema piramidal de deudas a corto plazo, conocido como el mercado GKO, el cual se derrumbó como deben hacerlo las pirámides el día 17 de agosto de 1998. Este fue el fin del radicalismo del libre mercado en Rusia. Sin embargo, el Consenso de Washington insiste en que Rusia debe "mantener su curso" en la "reforma económica".

Durante la década de los 90, en toda Asia el crecimiento industrial estable dio cabida a bulliciosas expansiones basadas principalmente en la especulación de los bienes raíces y en el desarrollo de oficinas comerciales. Se erigieron muchas torres de oficinas en Bangkok, Yakarta, Hong Kong y Kuala Lumpur, más de las que razonablemente podían usarse. Una vez terminadas, estas torres no desaparecen; se quedan vacías pero siguen estando disponibles y, así, continúan siendo una droga para el mercado, inhibiendo las nuevas construcciones. La recuperación del estallido de semejantes burbujas es un proceso lento. Esto tardó cinco años o más en el estado de Texas, a mediados de los 80.

En cuanto a Brasil se dijo que, durante la caída de 1998, el Fondo Monetario Internacional (FMI) restablecería la confianza y mantendría el real brasileño a flote. El problema en este caso no se origina en Brasil y no puede resolverse con ninguna acción que lleven a cabo los brasileños por sí solos. Más bien, el problema reside en los mercados internacionales de capital. Los inversionistas que se sienten expuestos en Asia y han sufrido pérdidas en Rusia, deben disminuir sus préstamos a los otros grandes prestatarios, sin importar cuáles sean las condiciones en las cuales encuentren esos países. Este imperativo es el problema actual de Brasil.

¿Existen alternativas? Sí. La sombría historia que acabo de esbozar no es uniforme. Durante los últimos 50 años, los exitosos y prolongados periodos de fuerte desarrollo global han ocurrido en países con gobiernos fuertes, estructuras económicas mixtas y mercados de capital poco desarrollados. Este fue el caso de Europa y Japón después de la Segunda Guerra Mundial, de Corea y Taiwan en la década de los 80 y los 90, de China después de 1979. Estos casos, y no los ejemplos liberales del libre mercado (como Argentina después de 1975 o México después de 1986 o Filipinas o

Bolivia) son las historias que reflejan el éxito del desarrollo económico global en nuestra era.

Por ejemplo, para Corea el gran periodo de desarrollo económico fue, en efecto, una época de capitalismo represivo de compadrazgos. Después de 1975, el gobierno coreano tomó nota del destino de Vietnam del Sur, sacó sus propias conclusiones acerca de cuán profundo era el compromiso estadounidense y se embarcó en un programa de fomento a la industria pesada y química que hizo énfasis en las tecnologías de doble uso; por ejemplo, el primer producto importante de Hyundai Heavy Industries se creó a partir del tanque M-60.

La política coreana de industrialización no fue eficiente en ningún sentido estadístico. Ningún mercado habría elegido esta línea de acción. Los principales actores en la economía coreana (el Estado, los bancos, los conglomerados conocidos como los *chaebols*) se unieron para perseguir sus fines. Los trabajadores y sus demandas salariales fueron reprimidos. Y la búsqueda inicial de los mercados no fue en absoluto exitosa. No hubo una gran demanda para esos tanques, así que Hyundai decidió tratar de fabricar autos para pasajeros.

No obstante, cuando uno examina el balance general del modelo coreano, ¿puede alguien seriamente argüir que el país sería más rico hoy si no se hubiera hecho nada en 1975? ¿Que tendría una clase media más numerosa o sería más democrático?

Es cierto que Corea experimentó los primeros golpes duros de la crisis financiera asiática pero, ¿por qué? Para 1997, la política industrial ya era cosa del lejano pasado. Los bancos coreanos se habían desregulado en 1992. Lo que hicieron fue diversificarse, apoyando los esquemas de expansión amplia y de diversificación industrial de los *chaebol*

(por ejemplo, la incursión de Samsung en el ramo automovilístico) y haciendo préstamos a países como Indonesia, en donde es evidente que los coreanos compraron documentos que les recomendaron sus contrapartes estadounidenses. El desastre económico de Indonesia se extendió a Corea por medio de estos canales financieros. No fue una crisis provocada por un capitalismo de amiguismos, sino por un sistema bancario de compadrazgos desregulado y globalizado.

Uno puede multiplicar estos casos, pero examinemos uno más, el caso de China. Es un país en donde existe una tradición de 50 años de gobierno unipartidista. De éstos, durante 30 años, fue un estudio de caso en cuanto a regimentación, ideología y fracaso económico. En un momento dado, tuvo lugar una catastrófica hambruna, completamente evitable, en la cual murieron de 20 a 30 millones de personas. Durante los primeros años de la Gran Revolución Cultural Proletaria, las raciones en los pueblos eran de menos de medio kilo de arroz por día.

Sin embargo, a principios de 1979 China se embarcó en reformas que transformaron al país. Estas se iniciaron con la reforma agraria más masiva en toda la historia de la humanidad, reformas que, en espacio de cinco años, terminaron con la pobreza alimentaria en China. Después de eso, las políticas, que acogieron la inversión directa a largo plazo, que fomentaron las empresas en las ciudades y en los pueblos, los negocios conjuntos con participación de riesgos y las empresas privadas, crearon una amplia y continua mejoría en el nivel de vida de las personas. En 20 años, el nivel de vida promedio se cuadruplicó; en efecto, el crecimiento ha sido tan rápido que mucha gente puede percibir la mejoría en su nivel de vida mes con mes.

El caso de China muestra la eficacia potencial de las políticas de desarrollo sostenido, de las políticas que hagan

énfasis en la prioridad de la mejoría estable durante largo tiempo. A diferencia de Rusia, China cometió sólo una vez el error del *gran salto hacia adelante*. Y nunca liberalizó sus mercados de capital ni su cuenta de capital, por temor a que semejantes acciones fueran tan sólo una fatal tentación, desencadenando un ciclo de bonanza y crisis que una nación pobre no puede tolerar por mucho tiempo.

China no es una democracia. No es libre políticamente. Sin embargo, uno también debe reconocer que el gobierno chino ha hecho un buen trabajo en relación con las demandas económicas del pueblo, a saber alimentos y viviendas, y que un régimen alternativo que no hubiera satisfecho estas necesidades tampoco habría podido ofrecer paz interna, democracia ni derechos humanos.

Entonces, ¿qué puede hacer ahora Estados Unidos? Para empezar, podemos reconocer que las finanzas globalizadas convierten a la reserva federal en la banca central de gran parte del mundo en desarrollo. Los recortes en las tasas de interés que se hicieron durante el otoño del año pasado tuvieron un importante efecto estabilizador en los mercados globales. No obstante, este efecto es temporal y los poderes de la reserva federal son limitados. Después de un recorte, eventualmente se necesita hacer otro más; y el recorte de un punto a medio punto porcentual no tiene la fuerza de una reducción de 6 a 4%. Existen muchos aspectos positivos en relación con las tasas de interés más bajas, pero también debemos recordar que el largo plazo llega cuando las políticas de corto plazo, como éstas, pierden fuerza.

Y luego tenemos que tomar en cuenta la política fiscal. Si para Japón es bueno provocar un déficit para combatir la recesión global, ¿por qué es prudente que Estados Unidos tenga un superávit que en gran medida sirve de contrapeso para el déficit de Japón? No lo es. Estados Unidos debería

expandir su propia economía usando todas las herramientas disponibles para ese fin.

Luego, debemos considerar la cuestión de lo que le predicamos al mundo y de las políticas que apoyamos. Si es una buena idea que el gobierno de Estados Unidos crezca en línea con nuestra economía, entonces también es una buena idea que los gobiernos de los demás países crezcan conforme lo hacen sus economías. La política del desarrollo global debería apuntar a fortalecer esa capacidad, no a debilitarla.

Toda economía privada funcional tiene y necesita un núcleo de empresas y canales de distribución estatales, regionales y municipales para garantizar las necesidades básicas y de alimentación de las poblaciones de bajos ingresos. Dichos sistemas estabilizan las instituciones comerciales, las cuales funcionan mejor para la gente que cuenta con ingresos más elevados. Ayudan a prevenir la monopolización criminal de las redes críticas de distribución al establecer una alternativa responsable. La ayuda internacional debería tratar de fortalecer estas redes públicas en donde las haya y de crearlas en donde éstas no existan. Los esfuerzos actuales por llevar a cabo esto en Rusia, bajo el gobierno actual, deberían recibir apoyo y no críticas.

Existe un conflicto evidente entre la "confianza de los inversionistas" y las políticas que promueven el crecimiento. A los inversionistas les gusta que se les pague a corto plazo pero, tomando en cuenta este conflicto, es absurdo colocar la confianza de los inversionistas por encima de la búsqueda del desarrollo. Los gobiernos nacionales fuertes tienen el derecho soberano de reglamentar los flujos de capital y los bancos que operan en el país, al igual que cualquier nación tiene el derecho de controlar el flujo de personas que cruzan sus fronteras nacionales y de reglamentar sus actividades

en casa. Debería aprobarse un Impuesto Tobin sobre el cambio de las divisas extranjeras, no sólo para reducir la especulación en Estados Unidos, sino también para mostrar nuestra aceptación de este principio en otros países en donde distintos mecanismos de control de capital pueden resultar más adecuados en distintos casos.

Además de esto, se necesita llevar a cabo una importante reconstrucción de las prácticas financieras mundiales, dirigidas a restituir la estabilidad y a fortalecer las facultades de regulación y planeación de los gobiernos nacionales. El FMI necesita un nuevo liderazgo que no dependa de los dogmas recientes. Sin embargo, el FMI también es demasiado pequeño y está muy centralizado como para poder ayudar a los países a diseñar y a poner en práctica esquemas eficaces de desarrollo nacional. También se requieren instituciones financieras, como lo sugirió, en el caso de Asia, Eisuke Sakakibara, viceministro de Finanzas de Japón, y Estados Unidos debería dejar de oponerse a ellas.

Lo más importante de todo es que debemos deshacernos de las ilusiones. El experimento neoliberal es un fracaso. Y no lo es debido a acontecimientos impredecibles sino porque tiene defectos sistemáticos y fundamentales. Necesitamos hacer muchos cambios en esta visión ingenua y predestinada al fracaso de un orden mundial no gobernado. Necesitamos grandes cambios y la necesidad es grande mientras que el tiempo, creo, es corto. Debemos terminar definitivamente con la era de Reagan. Debemos regresar a las políticas de desarrollo para las personas cuyas necesidades son las que más importancia tienen en el esquema general de las cosas, a saber, los millones de personas de los países pobres que trabajan mucho y necesitan comer todos los días. ❁



UNA SOCIEDAD MEJOR

John Kenneth Galbraith

La distribución de la renta y del poder

Una buena sociedad no busca la igualdad en la distribución de la renta. La igualdad no es coherente con la naturaleza humana ni con el sistema económico contemporáneo. Como todos sabemos, las personas difieren radicalmente en su dedicación a ganar dinero y también en su competencia para hacerlo. Y parte de la energía y de la iniciativa de que depende la economía contemporánea no sólo procede del deseo de dinero, sino también del impulso a sobresalir en su adquisición. Esto último es un test de calidad, una importante fuente de prestigio público.

Una poderosa corriente del pensamiento social ha sostenido que hay, o podría haber, un mayor nivel de motivación si hubiese un nivel igualitario de gratificación: "De cada cual según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades". Esta esperanza que se extendió mucho más allá que Marx, se ha demostrado, tanto históricamente como en la experiencia humana, que es irrelevante. Para bien o para mal, los seres humanos no llegan a esas alturas. Generaciones de socialistas y de líderes de orientación social lo han aprendido para su desilusión y muy a menudo para su pesar. El hecho básico está claro: una buena sociedad debe aceptar a hombres y mujeres tal como son. No obstante, eso no disminuye la necesidad de una clara visión de las fuerzas

que controlan la distribución de la renta ni de los factores que forman las actitudes al respecto. Ni de cómo debe concebirse, en términos absolutamente prácticos, la política sobre la distribución de la renta.

Está, en primer lugar, el ineludible hecho de que la moderna economía de mercado (en la terminología actualmente aprobada) asigna riqueza y distribuye la renta con gran desigualdad, de manera contraria a los intereses sociales y también perjudicial desde una perspectiva práctica. En Estados Unidos, actualmente un caso extremado entre los principales países industrializados, la Reserva Federal, una impecable fuente, ha afirmado, según el New York Times, que el 1% de las familias norteamericanas más ricas era propietario de casi el 40% de la riqueza de la nación en 1989, y el 20% compuesto por los norteamericanos con menores ingresos tenía el 5,7% del total de ingresos una vez deducidos los impuestos; el 20% mejor retribuido tenía el 55%. En 1992 el 5% superior recibía, se calcula, el 18%, porcentaje que en los últimos años se ha hecho sustancialmente mayor, al tiempo que ha disminuido el de las capas más pobres. Esto no puede aceptarlo una buena sociedad. Tampoco puede aceptar intelectualmente la justificación, más exactamente el artificio, que defiende esta desigualdad. Esto último es uno de los ejercicios que con más asiduidad cultiva el pensamiento económico. No obstante, nunca acaba de ocultar del todo el hecho de que la doctrina económica y social que se esgrime está subordinada al objetivo pecuniario (y a la franca avaricia) al que sirve.

En concreto, se sostiene que hay un derecho moral: el hombre o la mujer en cuestión tiene derecho a recibir lo que él o ella gana o, más exactamente, lo que él o ella recibe. Esto se afirma con énfasis, en ocasiones con aspereza y a

menudo con virtuosa indignación. No obstante, encuentra oposición tanto en la historia como en los datos empíricos.

Mucha renta y riqueza sólo cuenta con una ligera o ninguna justificación social, sólo rinde poco o ningún servicio económico por parte del receptor. La herencia es un caso evidente. Lo mismo pasa con las donaciones, los accidentes y las perversiones del mundo financiero. Y con las remuneraciones que, con su personal autoridad, se asignan los actuales gestores de las empresas. Como se ha señalado, los actuales gestores de las empresas tienen el compromiso, como en toda la doctrina económica ortodoxa, de maximizar los beneficios. Dado que están exentos en un grado sustancial del control o la coerción de los accionistas, en buena medida maximizan los ingresos en su propio beneficio. Contando con consejos directivos complacientes, escogidos por los propios gestores, se asignan de hecho sus propios salarios, imponen sus propias opciones a adoptar, crean sus propios paracaídas o blindajes de oro. Que tales ingresos no tienen nada que ver con ninguna forma aceptable de función social o económica está en buena medida aceptado. La frecuente y a veces ferviente afirmación de esta función es una tapadera para ocultar lo aparentemente inverosímil.

Los ricos tienen cierta reluctancia a defender su riqueza y sus ingresos como un derecho social, moral o divino, de modo que su único recurso posible es la justificación funcional. La distribución inalterable y admitidamente desigual de la renta crea el incentivo para el esfuerzo y la innovación que son útiles para todos. Y de la renta así distribuida proceden el ahorro y la inversión que a todos benefician. Los ricos y los acaudalados no hablan en defensa de su propia buena fortuna; hablan como si fueran benéficos servidores del bien común. Algunos incluso pueden sentirse avergonzados por su suerte terrena, pero la sufren, no obstante,

como un servicio al bienestar general. El objetivo social y económico se adapta a la comodidad y a la conveniencia personales. Esto lo reconocerán todos en una sociedad buena.

Además, está la protección que la peculiar estructura de clases de Estados Unidos otorga a los ricos y opulentos. Toda las referencias bien reputadas a la estructura de clases ponen el énfasis en la clase media. Existe una clase alta y una clase baja, pero quedan al fondo, en penumbra. Aunque rara vez se designa así, para fines prácticos tenemos un sistema de tres clases que consiste en una única clase, una novedad matemática. Y la clase media, que es tan predominante, proporciona así una cubierta protectora a los ricos. La reducción de los impuestos para favorecer a la clase media se extiende a los muy acaudalados. La clase alta no existe independientemente para esas discusiones y medidas. Esta es la actitud política. Esto tiene un fuerte efecto práctico sobre el funcionamiento de la economía.

En cuanto a la renta que va a los muy ricos, se ejercita, repitamos, lo que en términos económicos se llama preferencia por la liquidez: la disyuntiva entre gastos de consumo e inversiones en auténtico capital, o bien sencillamente mantener el dinero en una u otra forma de ocio. Se trata de una disyuntiva sobre el uso de los ingresos que no pueden ejercer las familias con medios modestos. Estas viven bajo la presión de necesidades más urgentes; que se gastarán el dinero que reciban es, pues, seguro. En consecuencia, la renta que se distribuye entre muchos es económicamente útil, pues ayuda a asegurar el flujo constante de demanda global. Existe una fuerte posibilidad de que, conforme más desigual sea la distribución de la renta, más disfuncional se vuelva.

Entonces, ¿cuál es el proceder correcto en lo tocante a la distribución de la renta? No es posible una norma fija, no hay ninguna proporción aceptable entre lo que reciben los ricos y lo que va a los pobres. O bien, en realidad, entre lo que ganan los ejecutivos de arriba y lo que se gana en la planta baja. Nos la tenemos aquí con la naturaleza fundamental del sistema. No se presta a reglas arbitrarias. Lo necesario son fuertes medidas correctivas que reflejen y dirijan la desigualdad inherente y perjudicial.

Está, en primer lugar, la asistencia a los pobres. El ataque contra la desigualdad comienza por una mejor suerte para los que están abajo. Esto ya lo hemos subrayado.

Está, en segundo lugar, como también se ha tratado, la necesidad de ocuparse de las tendencias dominantes en el mundo financiero. El tráfico entre personas con información privilegiada, la falsa información para promover inversiones, las inversiones extravagantes, como en el caso de los grandes desastres de las entidades de crédito y ahorro, la adquisición de sociedades y los repetidos episodios de locura especulativa, todo esto afecta desfavorablemente a la distribución de la renta. Las medidas que aseguran una elemental honradez de las transacciones financieras y una mejor comprensión de los episodios especulativos tienen un útil efecto nivelador.

Está, en tercer lugar, la necesidad de que las críticas de los accionistas y del público informado controlen la maximización personal de los ingresos de los gestores de las grandes empresas. Independientes de estas limitaciones impuestas por los accionistas y la sociedad, lo que ganan los gestores de las grandes empresas, como ya se ha señalado, se convierte en una causa importante de la distribución socialmente contraproducente de la renta. La única respuesta a esto es la acción conjunta de los propietarios de acciones

que salen perjudicados. Las posibilidades de semejante actuación, ha de concederse, no son grandes. Los propietarios de las modernas sociedades anónimas son llamativamente pasivos en lo referente a su explotación personal.

Quedan dos líneas de actuación pública positiva, orientadas a una distribución más equitativa de la renta, de las que una es de decisiva importancia.

Lo primero es que el gobierno suprima los actuales privilegios fiscales y comerciales de los potentados. En los últimos tiempos, éstos han alcanzado cierto reconocimiento bajo la denominación de asistencia social a las empresas. Se incluyen aquí diversas subvenciones comerciales y rebajas de impuestos; el apoyo a fabricantes de productos que ya se sitúan entre las capas con mayores ingresos, en especial al monopolio pródigamente dotado del azúcar y a la producción de tabaco; subvenciones a la exportación, incluidas las exportaciones de armas; y representando mayor volumen que todo lo demás, los inmensos pagos a los fabricantes de armas ahora reincidentes, sobre lo que más adelante diremos algo más.

No obstante, el instrumento más eficaz para conseguir un alto grado de igualdad en las remuneraciones sigue siendo el impuesto progresivo sobre la renta. Este impuesto ha tenido un papel primordial en llevar a cabo una distribución razonable, incluso civilizada, de la renta. Ninguna otra cosa, cabe añadir, se ve sometida a ataques tan motivados y absolutamente previsibles. Una sociedad buena, por otra parte, afirma su intención; también da por sentado que habrá fuerte resistencia, bien expuesta e incluso elocuente, por parte de quienes pagan los impuestos. Alegarán sobre todo el deletéreo efecto de la imposición sobre los incentivos. Como se ha sugerido antes, se podría alegar con la misma inverosimilitud que un impuesto sobre la renta fuertemente

progresivo da lugar a que los ricos y los potentados trabajen con más ahínco, más imaginativamente, a fin de mantener el monto de los ingresos una vez deducidos los impuestos. Remitiéndose a la experiencia anterior, en realidad podría señalarse que la economía estadounidense tuvo una de sus mayores tasas de crecimiento, de sus más altos niveles de empleo y en algunos años un sustancial excedente presupuestario en el período inmediatamente posterior a la segunda guerra mundial, cuando las tasas marginales de los impuestos sobre la renta personal alcanzaron una altura récord.

La necesidad fundamental, no obstante, consiste en aceptar el principio de que una distribución más equitativa de la renta debe ser un dogma fundamental de la política económica actual en una sociedad mejor, y para este fin es primordial una fiscalidad progresiva.

La distribución de la renta en el sistema económico actual deriva en último término de la distribución del poder. Este es al tiempo causa y consecuencia de cómo se reparte la renta. El poder sirve para adquirir ingresos; los ingresos conceden poder por encima de la remuneración pecuniaria de otros. Una buena sociedad reconoce y trata de responder a este tradicional círculo vicioso.

La respuesta es la potenciación y la protección pública de los que no tienen poder. En la economía de mercado el centro natural del poder es el patrono, más a menudo la empresa comercial. El derecho de los trabajadores a asociarse y a afirmar una autoridad que sirva de contrapeso debe tener una primordial importancia y ser aceptado. Lo mismo que quienes organizan las inversiones disfrutan de la protección que el estado asigna a la estructura empresarial, quienes se organizan en pos de mayores ingresos o mejores condiciones

de trabajo deben disponer de una protección más o menos equivalente para sus organizaciones.

En los tiempos actuales, sobre todo en Estados Unidos, la fuerza de los trabajadores ha ido disminuyendo a efectos generales. La proporción de trabajadores afiliados a los sindicatos ha decaído abruptamente, en parte como consecuencia de la decadencia de la industria a gran escala con mano e obra masiva y en parte por el letargo, fruto de los años, del mismo movimiento sindical. La sociedad buena busca, donde es posible, invertir la decadencia del poder de los sindicatos, para que las organizaciones de los trabajadores sigan siendo un importante factor civilizador dentro de la vida económica actual.

Para muchos trabajadores, sin embargo, la organización no constituye ahora una solución práctica. Esto es especialmente cierto en las muy dispersas industrias de servicios. Como en tiempos ocurrió con el empleo de mujeres y niños, se requiere la acción directa del estado en favor de aquellos que tienen necesidades sin pertenecer a sindicatos, incluida la provisión de seguros sanitarios y subsidios de paro y, lo que en estos momentos es más importante, la imposición de un salario mínimo adecuado desde el punto de vista social. En una buena sociedad esto último es absolutamente esencial. Que disminuirá las oportunidades de empleo, el argumento que más habitualmente se utiliza para oponerse, puede descartarse ya, pues se trata invariablemente de una excusa de los que no quieren pagar el salario y carece de todo sostén empírico. (Aunque fuese a costa del empleo de unos cuantos, seguiría estando justificado para proteger a los más.) Junto con la red de seguridad mínima, una buena sociedad también debe proteger los ingresos por el trabajo de los miembros menos favorecidos.



Desafíos que plantea el nuevo milenio

John Kenneth Galbraith

Fuente: Finanzas & Desarrollo/ Diciembre de 1999

John Kenneth Galbraith, profesor emérito de economía en la Universidad de Harvard (cátedra Paul M. Warburg), examina los hechos más destacados de este siglo y los desafíos que nos depara el futuro en una conversación con Asimina Caminis, Redactora Principal de *Finanzas & Desarrollo*.

— *¿Cuáles son los hechos más importantes del siglo XX y qué grandes desafíos se plantean al iniciarse el siglo XXI?*

— El siglo XX se destaca por tres grandes catástrofes, las dos guerras mundiales y la gran depresión económica de los años veinte. En términos muy generales, la principal lección debería permitirnos saber qué debemos evitar. La mayoría de la gente, al menos en el mundo más desarrollado, ha sufrido más los efectos de la muerte y del hambre en las guerras que los efectos de la depresión económica. En un mundo que dispone de armas atómicas, debemos —ante todo— evitar la guerra. Es una lección sobre todo para Estados Unidos porque somos muy vulnerables a todo uso de armas atómicas. (Una bomba en el sur de Manhattan privaría a muchas personas de sus posesiones y de todo registro de

ellas.) Comienzo, pues, señalando que las dos cosas más necesarias son lograr la paz y evitar otra depresión mundial.

— *En su libro Una Sociedad Mejor, usted habla de las ventajas que se derivan de la globalización y del posible conflicto entre la globalización y la política interna de los Estados-nación. ¿Las ventajas de la globalización tienen más peso que sus costos?*

— Un pequeño detalle: Soy uno de los asesores del diccionario *American Heritage* en lo que respecta al uso del idioma, y no acepto el término “globalización” [*globalization*]. ¡Es una palabra muy fea! Tengo, eso sí, la firme esperanza de que haya relaciones internacionales más estrechas en campos como la economía, la cultura, las artes, los viajes y las comunicaciones, porque una de las causas de desastre en este siglo ha sido el nacionalismo incontrolado, que me gustaría ver menos en el futuro. El comercio, junto con los intercambios culturales y los viajes, limitan ese riesgo. Una empresa internacional con actividades en varios países no querrá suscitar conflictos entre gobiernos, como ha ocurrido en el pasado, sobre todo antes de la primera guerra mundial cuando la industria pesada era un aliado militar del gobierno y un campeón del nacionalismo. Yo respaldo firmemente la idea de establecer relaciones internacionales más estrechas.

— *La tendencia hacia una mayor integración de los países en la economía mundial ha creado ciertos temores, por ejemplo, de que los países industriales pierdan puestos de trabajo a favor del mundo en desarrollo, donde la mano de obra es más barata. ¿Se justifican estos temores? ¿Cree usted que se producirá una reacción negativa, contraria a la integración?*

— La pérdida de puestos de trabajo es inevitable. Tenemos que aceptarlo. Debemos ser conscientes de que, entre otras cosas, esto favorece a personas que también necesitan muchísimo un trabajo y que pueden salir de la extrema pobreza gracias a él. Se pueden hacer cosas a nivel internacional para mejorar las condiciones laborales, y me parece bien que se hagan, pero yo estaría dispuesto a aceptar cierta transferencia de empleo hacia las personas mucho más necesitadas. Cuando hablamos de los bajos salarios de Tailandia, olvidamos que están mucho peor las personas que no reciben esos salarios.

— A medida que los países en desarrollo se integran cada vez más en la economía mundial, ¿cómo pueden reducir su vulnerabilidad ante las perturbaciones externas? ¿Qué podemos aprender de la reciente crisis financiera de Asia oriental?

— Mi punto de vista al respecto es muy diferente. Debemos dar por sentado que habrá crisis económicas, sobre todo en los países jóvenes. La historia nos ofrece muchos ejemplos de locura financiera en los países de reciente industrialización, entre otros las colonias británicas de América o, de hecho, Estados Unidos en el siglo XIX; Gran Bretaña en el siglo XVIII con el gran fiasco comercial de los mares del sur; los Países Bajos durante la “tulipomanía” que azotó al país en el siglo XVII; Francia durante la gran fiebre del oro en Luisiana, oro que lamentablemente todavía no se ha descubierto. Es probable que surjan crisis en el futuro. Hay algunas cosas que podemos hacer —que el FMI puede hacer— para paliar los daños, pero insisto en dos aspectos: el capitalismo es inherentemente inestable y lo es especialmente en su juventud. Esto es inevitable.

— *Tras la crisis de Asia, un país, Malasia, impuso controles sobre el capital, y algunos economistas empezaron a señalar que estos controles podrían justificarse en determinadas circunstancias.*

— En ciertas circunstancias podría observarse algo especialmente imprudente, pero el control de las corrientes de capital no es fácil. Yo diría que es menos importante que estrechar las relaciones internacionales basadas en una intensa cooperación y una restricción inteligente. También hay que tener presente que las crisis financieras tienen un aspecto útil. Recordando a un colega —Joseph Schumpeter, con quien he estado a menudo en desacuerdo—, yo haría notar que una crisis financiera elimina la incompetencia en el sistema bancario, el sector industrial y, en cierta medida, en el gobierno. Es un asunto importante en países viejos y nuevos por igual, aunque lo es más en los países jóvenes. Esto me lleva a algo que defiendo desde hace tiempo en relación con el FMI, del que soy firme partidario. Me gustaría que el FMI estuviera más dispuesto a tomar “medidas higiénicas” —tome nota del término— en relación con banqueros y empresarios incompetentes, y que tenga una actitud más compasiva hacia la gente que sufre inocentemente y cuya demanda agregada es necesaria para la economía.

— *En Una Sociedad Mejor, usted sostiene que las economías industriales deberían coordinar su política socioeconómica. ¿En qué foro debería llevarse a cabo esa coordinación?*

— En la época de Bretton Woods yo era un joven redactor. Como todos los de mi generación, reaccioné con gran entusiasmo. Sigo pensando que los años que marcaron el nacimiento del FMI y el Banco Mundial fueron de mucha innovación. Y desearía que este proceso continuase, por ejemplo, con la Organización Mundial del Comercio y que se es-

tablecieran normas comunes en relación con el comercio internacional. Desearía que hubiese también más coordinación internacional en el campo científico y en la orientación de la política económica. Las medidas internacionales adoptadas en conferencias y por intermedio de instituciones como el FMI, el Banco Mundial y la OMC son parte esencial del internacionalismo que yo recomiendo con entusiasmo. Observe que utilizo la palabra “internacionalismo” y no globalización.

— *¿Qué papel prevé usted para el FMI y el Banco Mundial en el siglo XXI?*

— Esencialmente, una continuación y ampliación del papel que ya desempeñan. Cuando surge una crisis, se necesita una infusión de capital y cierta orientación en lo que respecta a la recuperación, dos temas que competen esencialmente al FMI. (No quisiera que esto obstaculice el efecto higienizador de las crisis que destacué antes.) Y quisiera que el Banco Mundial siga respaldando las corrientes de capital hacia los países pobres, una función de extraordinaria importancia. Los mercados financieros internacionales no ayudan suficientemente a los países más pobres, y es ahí donde se necesita al Banco Mundial. Uno de los grandes avances del siglo pasado ha sido el fin del colonialismo. Pero el fin del colonialismo no produjo el fin de la pobreza, ni ha significado en todos los casos un gobierno adecuado.

— *¿Cree que la democracia es esencial para lograr el desarrollo y el crecimiento económico?*

— Como cuestión de fe, apoyo el régimen democrático, pero también soy consciente de que, bajo la guisa de gobierno democrático, puede esconderse el mal gobierno o la falta de

éste. Tenemos que mirar más allá de la democracia y exigir también calidad. Quisiera insistir en esto. He sostenido en otras ocasiones que, si miramos a nuestro alrededor, podemos comprobar que un buen gobierno, honrado, es el principal requisito para el desarrollo económico, como se reconoció en Europa y Estados Unidos en el siglo pasado. Uno de los mayores obstáculos para el desarrollo económico es un gobierno que no sirva los intereses de su pueblo y se escude tras la pantalla de la soberanía. Tenemos que reconocer —a través de las Naciones Unidas, no de los países individualmente— que hay circunstancias en que la soberanía encubre grandes sufrimientos.

— *¿Cree que la Unión Económica y Monetaria de Europa es un paso hacia la coordinación más estrecha de las políticas de los Estados-nación?*

— Estoy a favor de la UEM; es un paso acertado. Yo diría que es más maravillosa en la conversación que en la realidad, y quisiera que la realidad se extendiese más allá de la moneda única. No obstante, creo que es uno de los acontecimientos importantes de nuestra época.

— *Usted ha señalado la desigualdad del ingreso y la pobreza urbana como dos de los problemas más graves que debemos encarar. ¿Qué papel debe desempeñar la política económica en la resolución de estos problemas?*

— No es que la política monetaria carezca de importancia pero en Estados Unidos tendemos a confiar excesivamente en ella. Soñamos con que la Reserva Federal pueda resolverlo todo. Es demasiado optimismo. Volviendo al tema central, no cabe duda de que la desigualdad y la pobreza urbana son dos grandes problemas en los países desarrollados y espe-

cialmente en Estados Unidos. Yo no oculto mi respaldo a la idea de establecer un impuesto sobre la renta altamente progresivo, sin llegar al punto —no sería una idea seria— en que necesitemos tasas marginales muy elevadas para que los ricos trabajen más y puedan así mantener su ingreso neto. Creo desde hace tiempo, como muchos otros, que un país rico como Estados Unidos puede garantizar a todos un ingreso mínimo. Algunos no trabajarían, pero se dice que el ocio es bueno en una comunidad rica; se dice incluso que el ocio es bueno para un profesor de Harvard. No me escandaliza, como a la mayoría de la gente conservadora, que se ayude a los pobres y que algunos de ellos “abusen del sistema”. Tengamos presente siempre que en los países afortunados nada niega tanto la libertad del individuo como la falta de dinero.

— *¿Se corre el peligro de que parte de la riqueza huya hacia los paraísos fiscales? ¿Qué opina del llamado efecto inversión como resultado de impuestos más elevados?*

— Siempre habrá evasión fiscal. Pero escaparse del sistema de tributación de la renta a los paraísos fiscales está mal visto y es censurable; continuemos así. De hecho, habría que examinar mejor la manera en que se obtiene el dinero que se refugia en los paraísos fiscales. Las personas que ganan dinero honradamente pagan por lo general sus impuestos y tenemos que mantener los mecanismos legales para que así sea. Por el momento no me preocupa el efecto inversión que pueda producirse. La búsqueda de un ingreso no se ve perjudicada porque parte de éste se destine al pago de impuestos, e incluso puede verse estimulada. Quienes no desean pagar impuestos defienden el punto de vista contrario. Tenemos que reconocer que hay libros muy ingeniosos sobre el peligro de hacer pagar impuestos a los ricos. Y te-

nemos que ser conscientes de la relación entre el ingreso y la estructura empresarial. Los grandes ejecutivos que disfrutan de ingresos muy elevados se encuentran en la envidiable posición de nombrar a los miembros del consejo de administración que fija sus sueldos. No es de extrañar que sus ingresos sean muy altos.

— *¿Cree que el siglo XXI traerá un cambio en el carácter de las empresas?*

— No, pero deberíamos ser más conscientes del carácter de las estructuras empresariales.

— *Como admirador del economista Simon Kuznets, ¿está de acuerdo con la teoría de éste en el sentido de que el crecimiento económico de los países en desarrollo irá acompañado necesariamente de una mayor desigualdad del ingreso, al menos inicialmente?*

— Estoy convencido de que Simon Kuznets, mi buen amigo y vecino, estaba en lo cierto. En una economía campesina, o una economía agrícola simple, como han existido en el pasado, había más igualdad —a menudo mayor igualdad en la pobreza— que cuando, más adelante, aumentó el desarrollo y un número creciente de personas salió de la pobreza. Yo crecí en una comunidad agrícola canadiense en la que había una amplia igualdad de ingreso. Pero, al abandonar el campo y entrar en los negocios, las profesiones u otras actividades económicas, aumentó la desigualdad del ingreso como consecuencia del mayor abanico de oportunidades.

— *Usted ha dicho que el PNB y el PIB son inadecuados como criterios para medir el bienestar. ¿Cuál sería el criterio más exacto?*

— Hay mucho más que eso. Como he dicho en otras oportunidades, Florencia en sus días de grandeza era una ciudad con un producto interno bruto muy bajo. Shakespeare vivía en un país con un PIB muy bajo. Y Darwin, que probablemente ha hecho más que nadie para cambiar las ideas sobre la existencia y perspectivas de la vida humana, era de un país mucho más pobre aún. Muchos de los grandes logros de la humanidad tienen muy poco que ver con el ingreso. Es algo que deberíamos tener siempre presente cuando hablamos del sistema educativo. Yo soy partidario desde hace mucho tiempo de que se enseñe economía pero mi propia conciencia me ha llevado a ser partidario también de que se enseñen las artes. Yo diría que, desde un punto de vista personal, he disfrutado más escribiendo sobre las artes que sobre la economía. Colaboré en una de las obras conocidas sobre la pintura india, y el mayor placer de mi vida ha sido escribir novelas.

— *Ha escrito usted más de 30 libros, ¿está escribiendo algo ahora?*

— Inevitablemente. El título provisional es *The Economics of Innocent Fraud*. [La economía del fraude inocente]. Se trata de un relato sombrío sobre todo lo que creemos, en economía y política, que nada tiene que ver con la verdad. Comienzo señalando cómo hemos rebautizado el sistema — porque capitalismo trae malos recuerdos que por un lado nos hacen pensar en Marx y por otro en Rockefeller y Carnegie— y se habla ahora de algo insípido y sin sentido que denominamos sistema de mercado. El término no dice nada pero es inocuo. Y también me ocupo, entre otros muchos temas, del fraude que llamamos trabajo. El trabajo está muy bien si se es pobre, pero si se es rico lo importante es el ocio. Cuanto más se disfruta de un empleo, más alto es el

suelo. Este es el tipo de análisis que ahora me ocupa. Es algo a lo que he dedicado algunos años de mi vida, el placer de incomodar a la gente.

— *Lo que se llama rigideces del mercado laboral —salario mínimo, protección en el empleo, cargas de la seguridad social— suele apuntarse como culpable de las altas tasas de desempleo en Europa, mientras que, gracias a la flexibilidad del mercado laboral, Estados Unidos goza de altas tasas de creación de puestos de trabajo. ¿Es inevitable este compromiso entre protección laboral y flexibilidad del mercado?*

— Hay que saber qué es lo que se juega. Si nos preguntamos qué produce la tasa máxima de crecimiento y si es ésta la única meta en la vida, puede que haya demasiada rigidez en el sistema social europeo. Si la pregunta es qué da una vida agradable y feliz y si es ésta la meta en la vida, es muy probable que la respuesta sea diferente. Yo estaría dispuesto a sacrificar algo de libertad empresarial a cambio de una vida más civilizada y, dicho sea de paso, no creo que se pierda tanto en el trato. Creo que en Estados Unidos se podría tener un salario mínimo bastante más alto sin causar graves perjuicios al crecimiento económico, muy probablemente ninguno. Y también creo, como ya dije, que podría concederse un ingreso básico a los pobres sin causar ningún daño. Puede que el flujo de ingreso agregado estuviera incluso mejor “asegurado”, para utilizar un antiguo término keynesiano. Los pobres siempre gastarán el dinero que tengan; los ricos, tal vez no.

— *¿Es inevitable llegar a un compromiso entre inflación y pleno empleo?*

— Nunca he restado importancia a la inflación, y nunca pensé que pudiéramos tener, como ahora, tan buena situación de empleo y una tasa de crecimiento tan favorable con una inflación tan baja. Parece ciertamente que en los tiempos que corren ha perdido validez la idea de tener que llegar a un compromiso entre crecimiento, ingreso de los trabajadores e inflación. Espero que así sea. Ahora disfrutamos de un ritmo de producción excelente con una tasa de inflación muy baja. Es algo, como ya he dicho, que no había previsto y que muy pocos economistas previeron. Cuando algo va bien, dejémoslo estar.

— *En vista del fracaso tan comentado de las economías dirigidas y de la planificación central, muchos economistas defienden ahora la idea de reducir el papel del Estado en la actividad económica y establecer total libertad de movimiento en los mercados. A su juicio, ¿qué papel debe cumplir el Estado en una economía? ¿Qué aspectos pueden y deben dejarse en manos de los mercados?*

— No veo ningún paralelismo entre lo que ha ocurrido en la antigua Unión Soviética y lo que se necesite en Estados Unidos. La gente en la Unión Soviética descubrió —como de hecho lo han descubierto los chinos— que, rebasado cierto nivel de desarrollo económico entra en juego mucha más gente de la que se puede silenciar. La gente quiere participar en su gobierno, quiere libertad de expresión y otras libertades asociadas con el bienestar. Es lo que trajo el fin de la Unión Soviética. La idea de que pudiera establecerse un sistema que mantuviera callados a los estadounidenses es pura fantasía. No me preocupa el papel que debe desempeñar un gobierno. Me parece un asunto puramente práctico. Hay cuestiones —como la educación, la atención sanitaria, un ingreso mínimo, la seguridad social— para los cuales el

gobierno es absolutamente esencial. Hay otros campos donde los gobiernos, con todo acierto, ceden la producción de bienes y servicios a la empresa privada. Es algo —insisto— que no hay que decidir desde el punto de vista de la ideología. No hay que decidirlo basándose en principios generales. Hay que tomar la decisión en función de los aspectos prácticos.

— *En algunos países se han privatizado, o se están privatizando, los servicios que antes prestaba el sector público.*

— Yo no estoy a favor de privatizar, por ejemplo, la enseñanza. Tenemos que procurar mejorar esta institución tan grande, que ya existe, en lugar de llevar a cabo un cambio tan enorme como el de poner las escuelas en manos privadas. En cambio, nada tengo que objetar si alguien quiere enviar a sus hijos a universidades privadas. Yo me eduqué en dos universidades públicas, pero acepto la existencia de la Universidad de Harvard. Es un tema que no debe estar sujeto a fórmulas ni ideologías; hay que hacer lo que mejor funcione en la práctica.

— *Otra tendencia a escala mundial que vemos ahora es la descentralización, a medida que los gobiernos centrales transfieren poderes y competencias a las autoridades locales.*

— Me parece que, frecuentemente, vale la pena que las decisiones se tomen cerca de uno.

— *¿Son los ciclos de “auge y caída” una característica inevitable de nuestro sistema económico, o hay medidas que podrían tomarse para suavizarlos o eliminarlos?*

— Doy por sentada la inevitabilidad del ciclo económico, como solía llamarse. Existe desde hace cientos de años, y

un hecho fundamental —importante para el FMI— es que, como dije antes, los buenos tiempos producen, primero, empresarios incompetentes, segundo, medidas gubernamentales que en muchos casos son equivocadas y, tercero, especuladores. Entre todos logran que en algún momento se llegue al desplome. Esto forma parte del sistema. Cuanto mejor lo entendamos, más gente podrá protegerse. Ha estado ocurriendo por cientos de años y no veo grandes cambios. Creo que ahora tenemos un poco más de sentido común que antes. Poco después del fiasco de los mares del sur, se fundó una compañía maravillosa que propuso drenar el mar Rojo para recuperar los tesoros que allí habían perdido los israelitas. Una compañía de este tipo probablemente no tendría mucho éxito hoy, aunque la inteligencia en temas como éstos avanza muy lentamente. Pero hay un proceso saludable de limpieza, y seguramente en la actualidad hay circunstancias que algún día harán necesario este proceso. Baste un ejemplo: ¿Podría imaginarse alguien que contamos con suficiente inteligencia financiera para administrar la multitud de fondos de inversión que hoy existen?

— *Los años ochenta se conocen como la década de la crisis de la deuda y los noventa como la década del internacionalismo. ¿Qué calificativo utilizaría para el siglo XXI?*

— Yo no emplearía esas palabras. Ambos períodos forman parte de un proceso mucho más largo y no pueden identificarse como un simple lapso de diez años. En cuanto al futuro, confío en que veamos una mejora en los países más pobres y que consigamos una estabilidad razonable en los países afortunados. Además, como ya señalé, soy firme partidario de vínculos internacionales más estrechos. No quisiera que la gente se proteja tras el nacionalismo, desde luego no tras un nacionalismo excluyente. **F&D**

